

NUESTRA SEÑORA DE OTAVALO

Enrique Garcés

Palabras leídas en la ceremonia de proclamación de la Señorita Exposición - 1954.

Nuestra señora de Otavalo, eclosión de la tierra misma para llegar al símbolo de su majestad y fortaleza. Es el pueblo otavaleño el que se encarna, se exalta, se rinde homenaje a sí mismo al escoger su enseña heráldica plasmada en la adorable representación de una hermosa mujer, Nuestra Señora de Otavalo.

Arcilla, maíz y floripondio otavaleños, en la estatuaria de tu cuerpo.

Remotas vibraciones del Saransig floreciendo en el pensamiento de hoy, modelaron tu espíritu.

La espiga de estas campiñas profundamente nuestras, forjó la promesa de tu gracia.

El capulí maduro de la colina se hizo noche en tus ojos.

Ritmos de color y sonido imbabureños, en tu armonía de mujer otavaleña.

En tu mente, clara como los manantiales, se diluyó el rondador nativo.

Bella y gentil porque eres hija del Viejo Imbabura. La sal de esta tierra amada, esencia de nuestro existir; pasado, presente y mañana de nuestro horizonte y nuestro destino.

Aroma y dulcedumbre, historia y mística, mujer de los simbolismos máximos, eres Nuestra Señora de Otavalo.

Tiembla mi voz porque no es sino llama votiva ante el santuario de las tradiciones de nuestro pueblo. en su temblor te saluda, Nuestra Señora de Otavalo, a nombre de tus hermanos que tuvieron la ventura de nacer donde tu naciste.

Quisiera el milagro de mi juventud ya lejana para dejarla a tus pies. Pero mi ofrenda total, como la del que se va a morir inebriado por la luz, son estas palabras de unción. Digo lo que digo, Nuestra Señora de Otavalo, porque mi actitud es de plegaria.

Si nuestra actitud quisiera decaer, confórtanos.
Purifica nuestros anhelos con la ceniza de los mayores.
Levántanos con tu mirada si nos ronda la fatiga.
Sanen tus manos suaves nuestras lastimaduras.
Enséñanos el norte y la reciedumbre.
Maduren las mieses y perfumen las flores a tu paso.
Nos inunde de alegría una sola de tus sonrisas.

Pídele al Imbabura que proteja a la Tierra Nativa.
Danos fortaleza con tu consejo y amor.
Envíanos prosperidad con la lluvia y el sol.
Te cante el trabajo himnos reverentes.
Las manos encallecidas pongan orlas en tu ventana
de la altura.
Infúndenos heroica decisión para la causa otavaleña.
Recoge nuestros dolores y conviértelos en triunfos.
Recibe nuestros sístoles y fecunda este paisaje magno.
Toma nuestras esperanzas y transfórmalas en nuevas
cosechas.
Nuestra señora de Otavalo, nunca nos desempares
Con tus caricias haz que seamos mejores
Dueña de nuestra vida, hazla útil y hermosa
Dueña de nuestra muerte, hazla que abone a la tierra
Que tus labios sean manantial de justicia.
En tu regazo nos sentimos unidos eternamente.
Que en tu pecho se mantengan inmarcesibles nuestras
glorias.
Proteja tu sombra bienhechora las Letras y las Artes.
Preside siempre la augusta voluntad de tu pueblo para que
sea libre y culto.

Digo lo que digo, Nuestra Señora de Otavalo, porque ante
tus atributos y símbolos, mi corazón y neurona de otavaleño están
en actitud de plegaria.